

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NÚM. 8540

VIENES 15 DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contar desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 centimos

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 28 de Abril de 1890.

Salicilatos DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de España, y recomendados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍFICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, DE LA LEÑA, TÍFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBAZADAS, CATARROS Y ULCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS FIEBRES PÍNDICAS. Ningun remedio alcanza los resultados que son la consecuencia de los enfermos.

PRECIOS: En España: Caja grande 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con los falsificadores porque no darán resultado. Exija la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA, FARMACIA VIVAS PÉREZ, desde donde se remiten por correo a todas partes enviando 75 cts más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. García y Sociedad Ibero Universal. Barcelona, Sociedad Farmacéutica de J. J. Vidal y Rivas, de A. y Urich. Cartagena, J. J. J. y Romero Germán.

Se venden en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, Ultramar, Buenos Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor a las Sres. Fernández hermanos y compañía.

LA SEMANA ANTERIOR.

Entramos en la semana anterior su- dando la gota gorda. No parecía sino que los baños de mar habrían de abrirse en breve, y que la feria iba a inaugurarse in- continentemente.

Mas cuando nos preparábamos a salir en paños menores (es decir, en ropas de verano) reapareció el fresco y volviéronse las toruas.

Hasta salieron las capras nuevamente.

Esto quiere decir que el tiempo se burla de nosotros, siempre que le dá gana.

Mala ha sido la semana para las criatu- ras, y para los padres.

Enfermedades traidoras han causado la muerte de muchos ángeles que habían su- mentado el número de los que moran en la región celestial, á costa del sentimiento de los que en este mundo fueron sus pa- dres.

No hay dolor como el dolor de perder á un hijo.

La trichina continúa haciendo estragos en la diputación de Cáceres.

Aquellas pobres gentes sufren los estra- gos que en ellas producen esos animalitos microscópicos que se sitúan en las articu- laciones y demás sitios del cuerpo huma- no, sin que haya nada que les haga salir totalmente.

Cinco han sido las personas que hasta ahora, sucumbieron víctimas de la tri- china.

Por su marchó á Orlán la troupe Ale- gria. Es claro. Los negocios no pueden desaprovecharse, y según le oido no ten- nian ninguno tierra adentro. De manera que han vuelto á pasarse por agua.

Romero y Cámara presentaron ayer tarde en la plaza «La Guerra de Africa» y para darle el esplendor que merece, en lujosa cabalgata le anunciaron por la ma- ñana.

Soldados, moros, caballería é infantería compuso la comparsa, que llamó la aten- ción de la gente aficionada á episodios nacionales.

Por cierto que al verla pasar por la calle Mayor, dijo un amigo:

—Ahora comprendo por qué no he en- contrado un be unero esta mañana.

APUNTES DE UN MELODRAMA

La escena pasa en el mercado de la Cebada de Madrid.

Los personajes son: una frutera, un joven que representa unos diez y seis años, una mujer de alguna edad, vendedora ambulante de hules, un celador del mercado, un guardia de orden público y hombres y mujeres del pueblo.

A las once de la mañana de antes de ayer la frutera y el joven se hallaban en el puesto; la vendedora de hules, después de permanecer un buen rato embelesada contemplando al mozo, en plea todo género de precauciones para no ser vista, y consigue colocarse entre unos montones de banastas.

Desde allí podía ver cómodamente al joven de la frutería.

Un celador del mercado, sospechando de las intenciones que pudiera abrigar aquella mujer que tanto empeño ponía en recatarse, dirigióse á ella de un modo bastante brusco.

—¿Qué hace usted ahí?

—Permanecer justo á mi hijo cuya voz tengo deseos de oír—contestó la vendedora.

—¿Y dónde está su hijo?

—Pues en ese puesto de frata—respondió la interrogada, señalando al que estaba más cerca.

—¡Pero si ahí no hay más que ese mozo que puede ser hijo suyo, buena mujer!—tengo entendido, que jamás conoció á su madre.

—Pues ese es mi hijo del alma—replicó en tono patético la que tanto interés demostraba en permanecer en aquel sitio.

La última parte del anterior diálogo fue oída por el mozo, á quien se refería, y acer- cándose á la mujer, exclamó:

—¿Que usted es mi madre!

—¡Sí, yo soy tu madre!—gritó con todas sus fuerzas la mujer.

—¡V. mos!—dice el mozo—esta mujer ha perdido el juicio

No la reconozco á usted por madre—siguió diciendo;—para mí no es usted más que una buena mujer.

Y mientras esto decía, se acercó la frutera, quien se expresó en estos términos:

—Este joven es sobrino mío, y esa mujer no puede ser su madre.

La viveza de los diálogos anteriores llama- ron la atención de la gente que se hallaba próxima.

El grupo fue engrosando poco á poco, y mientras las dos mujeres, frutera y vendedo- ra de hules, discutían y el mozo persistía en asegurar que no reconocía para nada á la que se decía su madre, se presentó un guar- dia de orden público, que puso fin á la con- tienda, aconsejando á la que fue causa de que se aglomerase la gente, que presentara su reclamación á quien pudiera atenderla.

Se disolvió el grupo, y la mujer se dirigió á la salida de la plaza, arrasados de lágrimas los ojos.

Un curioso le manifestó interés en conocer los motivos que pudiera aducir la vendedora de hules para creerse madre del joven que pasa por sobrino de la frutera, y aquella pobre mujer hizo poco más ó menos el siguiente relato:

—Antes de casarme con el que hoy es mi marido tuve un hijo de él; acababa de dar á

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorelle, rue Camartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—A. Intelectual, D. Emilio Garrido López.

luz después de un parto muy laborioso, y me dijeron que el fruto de mis entrañas murió al nacer.

Yo no estaba entonces para asegurarme de la verdad de lo que se me decía, y lo creí plenamente.

Pasaron los años; legitimé mi unión con aquel hombre y él y yo vivíamos en paz con el fruto de nuestro trabajo.

Hace pocos días una amiga de la infancia, que ahora se dedica también á vender hules, y que intervino en mi alumbramiento, me dijo que tenía que hablarme de un asunto muy serio.

La llevé á mi casa, y solas ella y yo, me dijo lo siguiente:

—Tengo grandes remordimientos y quiero quitármelos de encima.

—El hijo que diste á luz no nació muerto, sino vivo, y bien vivo; es más, hoy vive todavía y puedes verle cuando quieras.

—¿Que le puedo ver!—exclamé en un trasporte de alegría.

—No me interrumpas—dijo mi amiga;—déjame concluir, y luego, si tanto lo deseas, verás á tu hijo hecho un mozo.

—Así que diste á luz—prosiguió aquella mujer—tu hijo fue llevado á la Inclusa.

Cuando el niño salió de la Lactancia fue preñado por unos frutereros.

Conocía yo toda esta historia y conmigo hubiera bajado á la tumba, si los remordi- mientos no me impulsaron á revelarla.

—¿Pero mi hijo, dónde está mi hijo?—exclamé apenas aquella terminó su relato.

Y cogiéndome de la mano me llevó frente al puesto en que se hallaba el joven que usted ha visto, y señalándole:

—Ese es el niño que dijeron que había nacido muerto.

Desde entonces vengo todos los días á verle, y hoy, de cuando oír su voz, me aproximé á él cuanto pude, dando lugar á la escena que usted ha presenciado.

Se despidió de aquella mujer el curioso, y sin poder ocultar su emoción repetía:

—La verdad es que el mozo de la frutería se parece como un huevo á otro á la vende- dora de hules.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el núme- ro anterior:

MOLINERO

Charada

En cierta primera dos
que más bien un todo era,
vi sin género de duda
destrozado un prima tercia;
y por si su estancia allí
de un crimen era la prueba,
primera dos (con acento)
y á mi casa di la vuelta.

T.

La solución en el número próximo.

DOS CONSPIRADORES

El cacique del pueblo había recibido el día antes una carta del diputado del distrito, re- comendándole que tuviera paciencia acerca de sus pretensiones, pues no estaba el hor- no para bollos, ni la Magdalena para tafa- nas.

Seguramente que se habían quedado con la boca abierta, sin entender qué tenían que ver la Magdalena y el horno con que le con- cedieran por la décima parte de su precio, casi de balle, para su exclusivo uso, el Mon- te de propios que en virtud de legítimo dere-

cho venía siendo de propiedad común para aprovechamiento de todo el pueblo, á no aña- dir el siguiente párrafo qua explicaba el enig- ma: «El gobierno apenas si tiene tiempo para ocuparse de los conspiradores; sabe que los traidores del esposo público se desma- san, fraguando en la sombra el complot con que sueñan derribar lo existente.»

Como hombre el cacique era muy bruto, no obstante haber cursado con aprovecha- miento todas las asignaturas de ecología y gramática parda, mas como jefe político de aquel cotarro, no dejaba de ser previsor á su modo, y por la cuenta que le tenía.

No necesitaba él que le diesen un espolazo para desbocarse.

Se le conocía en diez leguas á la redonda como un alcalde sin freno, que lo mismo sal- taba por encima de la ley, seguro de que es- taban bien guardadas sus espaldas, que daba un par de coques al derecho de sus «súbditos», dicho sea con todo el respeto y las conside- raciones que generalmente merece esta clase de sacudimientos violentos de los monterillas cuando, con uno ó los dos piés hacia atrás, muestran su descontento.

A su odio contra los conspiradores, se unía ahora el disgusto que le causaba la contra- riedad á que se refería el diputado. Se fra- guaba un complot, precisamente en los mo- mentos en que él intrigaba, digamos, agarrándose á buenas alabas, para quitarle al pueblo su monte y apropiárselo por una bicoca.

Lo que sucedía era para reventar de una coragina.

Peró, ¿qué pensaba el gobierno que no fusilaba á diestro y siniestro? ¿Por qué no le dejaba á él dar el ejemplo?

En el pueblo había un jefe liberal con quien el cacique no transigia. Despierto so- ñaba con su adversario.

Más de una vez pasó azuzarlo á los escop- eteros del pueblo; pero el Gobernador de la provincia, aprehendido de su propósito, le ha- bía llamado al orden, diciéndole que mirase bien no hacer una barbaridad, que le perde- ría para siempre.

Se trataba de una persona rica, ilus rada, de arraigo, muy simpática, y cualquier atropello tendría bastante resonancia.

Y para acabar de convencerlo, su jefe in- mediato, cuyo fajín miraba con tanta codicia el cacique, le había dicho filosóficamente: «á un infeliz se le pega y no se le escucha», au- que ponga el grito en el cielo, si es que antes el temor no le pone una mordaza; pero no sucede lo mismo, cuando la víctima pesa algo en la balanza.»

Todavía hay clases, y la igualdad no es verdad ni ante la ley, ni ante el garrote.

Todavía existen costillas desheredadas y carne de látigo.

Esto moderaba un tanto las malas disposi- ciones del cacique acerca de su rival, el jefe del bando político contrario.—¡Si pudiera cojerlo en un renuncio! decía cuando el odio le esardecía la sangre, y la hiel de la envidia, porque la envidia es muy amarga, se le der- ramaba por todo el cuerpo.

La envidia, se porque el cacique se daba á todos los demonios, siempre que llegaban á sus oídos los ecos de la opinión, elogiando la «fiura» del jefe liberal, su elocuencia, su don de gentes, todas las cualidades de que él carecía.

Además, otra circunstancia avivaba la lla- ma.

Se había permitido decir varias veces en el casino que en cuanto la justicia no es- tu- viese supeñada á la política, el cacique iría á presidio para arrastrar un grillate, por sus muchos desmanes y fechorías. ¡Mandarle á